

to que le atacaba, y creyéndole débil por la izquierda, destacó en aquella direccion una respetable fuerza, que encontró una resistencia increíble. La lucha se empeñó tenaz y sangrienta: el general Torrejon, al frente de su brigada, carga denodadamente sobre la columna contraria, y pierde en aquel choque lo mas granado de su oficialidad. Entonces se generaliza la accion: las tropas mexicanas avanzan sin cesar. Ampudia, con los cuerpos ligeros que en todo el curso de la batalla habian hecho retroceder al enemigo, se encuentra en la misma loma que éste defendia. Allí se vé al valiente jóven D. Juan animando á sus soldados y difundiendo el terror en las contrarias filas.

¿Pero Dónde está Rafael?

La cantinera le ha buscado en medio del combate creyendo encontrarle curando á los heridos, pero no le ha visto.

Tal vez se hallará en alguna de las otras divisiones que combaten tambien.

La lucha es cada vez mas terrible: las víctimas se aumentan, y la sangre de los heri-

dos empapa los piés de los que lidian sobre ellos.

Pero era imposible que se prolongase por mas tiempo aquella lid. Era preciso que uno de los dos ejércitos cediera; y los Norte-Americanos, no pudiendo resistir el empuje de sus contrarios, se retiraron hasta su última posicion, dejando en poder del ejército mexicano otras dos piezas de artillería, una fragua de campaña, y muchas armas.

Un fuerte aguacero tropical que cayó en aquellos momentos, detuvo la marcha de los mexicanos que se disponian á atacar la última posicion. Los Norte-Americanos se habian preparado para disputarla; pero el combate no se renovó; la batalla habia cesado: el general Santa-Anna mandó hacer alto á sus soldados.

El enemigo, al ver que no le atacan, se cree vencedor, porque si bien es cierto que ha ido perdiendo una á una todas sus posiciones, tambien lo es que se conservaba en actitud hostil, pretendiendo con esto el laurel de la victoria.

El ejército mexicano por su parte, se cree con derecho también á proclamarse vencedor. Para ello alega los cañones que ostenta quitados al enemigo; las posiciones tomadas despues de una tenaz resistencia, y las banderas cogidas.

Lo que hay de cierto es, que las tropas mexicanas se batieron á pecho descubierto con las mejores del Norte-América, colocadas en puntos ventajosos; que lidiaron con un arrojo y heroísmo que asombró á sus mismos enemigos; que desalojaron á éstos de todas sus posiciones atacadas; que manifestaron al mundo con hechos remarcables, que son dignas de colocarse al lado de las de cualquiera otra nacion guerrera; que hubieran arrojado de su última loma á los contrarios si se les hubiera ordenado seguir el combate; pero que habiendo cesado éste por disposicion del general en jefe, alcanzaron tres triunfos parciales, pero no una victoria completa.

Muchos han culpado al general Santa-Anna de haber dejado sin terminar una accion en que todas las provabilidades de un

seguro triunfo estaban de su parte. Pero ¿no tiene defensa esta acusacion? El ejército mexicano, cuyo nombre habia quedado muy bien puesto, habia tenido de pérdida como cuatrocientos muertos y ochocientos heridos que, faltos estos últimos de carros donde ser conducidos, de medicinas, de tiendas de campaña y de hospitales, se en contraban tendidos por todo el campo, presentando el aspecto mas desgarrador.

El general en jefe no dudaba ni un solo instante de que el enemigo seria desalojado de su último atrincheramiento si daba la orden de asalto; pero ¿cuánta gente no tenia que sacrificar aún para conseguirlo?

El campo, como hemos dicho, estaba cubierto de desgraciados heridos que, tirados en el mojado suelo, pedian á agritos que los socoriesen ó les matasen por caridad. ¿Era justo aumentar el número de víctimas, cuando no habia medios para conducir á las que reclamaban piedad y consuelo? Nadie se habia imaginado que el combate seria tan sangriento y tenaz, y por lo mismo, no se

habia llevado el número suficiente de carros y de camillas para conducir los heridos.

Se le acusará de imprevision; pero este es un cargo que le toca al gobierno de aquella época que, como la mayor parte de los que han regido los destinos de México, muy poco se han ocupado de la buena administracion del ejército. A tanto repetir que el soldado mexicano no necesita ni vestirse, ni calzarse, que con una tortilla y un pedazo de tasajo anda centenares de leguas y combate con serenidad, que no necesita de tiendas de campaña, ni nada, en fin, de lo que es preciso á los demas ejércitos, se ha dado en tenerle desprovisto de muchas cosas indispensables, resultando de aquí lo que sucedió en la Angostura, esto es, que no teniendo las suficientes tiendas de campaña para formar hospitales, ni medios en abundancia para conducir los enfermos y los heridos, se hacia imposible prolongar por mas tiempo el combate.

Los mexicanos habian desplegado, lo mismo que su general en jefe á quien se vió en

los puntos mas sangrientos de la lucha, un valor que rayaba en temeridad.

Dueños de los puntos que tan sangrientamente se habian disputado, se manifestaban triunfantes enfrente del enemigo, que no se atrevia á salir de su última posicion, cuando recibieron la orden de que á la oracion se emprendiese la retirada para Aguas-Nueva.

Aquel fué un golpe mortal para los que entusiasmados con los recientes triunfos, habian esperado con ansia dar el golpe de gracia á la expedicion Norte-Americana.

Don Juan, lleno de pesar y de indignacion, rompió su espada y se reunió con otros oficiales á murmurar aquella providencia.

Los soldados, viendo que habian sido estériles sus sacrificios, se entregaron al desaliento mas profundo.

Pero aquellas murmuraciones no las merecia el general que ordenaba la retirada.

Siempre se ha querido que el soldado mexicano haga milagros: que desnudo, des-

calzo, sin comer, sin paga, sin tiendas de campaña, y sin premio á sus servicios, haga lo que no puede hacer ningun ejército del mundo teniendo de sobra todo lo que al mexicano le falta. Y ciertamente que es un milagro lo que se vé hacer al soldado mexicano. Falto de cuanto es indispensable, él hace largas y penosas marchas, duerme á la intemperie, vive casi sin comer, y combate con una constancia y un valor heroicos. ¿Y hará esto ningun otro soldado del mundo? No; porque otro soldado, al cumplir con sus deberes, como cumple el mexicano, reclamaria los derechos que tiene, y no saldria de un punto hasta no verse atendido con lo que de justicia le corresponde.

He aquí, pues, por qué el general Santa-Anna, viendo padecer á su gente, sin camillas á los heridos, y sin los recursos indispensables, se vió precisado á suspender el combate cuando el triunfo era casi seguro; pero larga aún y sangrienta la lucha.

Las murmuraciones, por lo mismo, no debian ir dirigidas á él que no pudo improvisar todo lo necesario, sino al gobierno

que habia descuidado lo que era de la mas alta importancia.

—Vean vdes. aquí un triunfo que se va á convertir en derrota:—decia indignado D. Juan, viendo tremolar enfrente á ellos el pabellon de las estrellas, que él se habia propuesto arrancar del sitio en que flotaba.—¡Oh! ¡la fatalidad persigue á nuestras armas desde el principio de esta injusta guerra!

—Es verdad;—contestó uno de los oficiales que con él hablaban.—Las sombras de la noche podrán proteger nuestra retirada, pero á la vez aumentarán la confusion y el desaliento de nuestros soldados, y la desesperacion de los heridos que quedarán abandonados en medio del desierto.

—¡Agua, agua!

Gritaban varios que, cubiertos de heridas, se arrastraban por el suelo con las agonías de la muerte.

—Ni aun la cantinera está.—Exclamó D. Juan oyendo el clamor de aquellos desgraciados.—Ella, que con tanto afan y arrojando el peligro, habia atendido á las ne-

cesidades de nuestros valientes, los abandona en este instante crítico.

—Tal vez haya perecido.—Contestó uno de los interlocutores.—Al menos yo he visto en el campo los cadáveres de tres mujeres de las que acompañaban al ejército.

—Sentiria mucho que la hubiesen matado;—añadió:—porque, en mi concepto, era una persona no vulgar, que seguía disfrazada á nuestro médico y amigo, Rafael.

—¡Qué disparate!

Dijo D. Juan.

—Pues entonces seguiria los pasos de vd., porque siempre colocaba su cantina junto á la tienda de ambos.

—¡Es verdad!—Exclamó uno.

—Efectivamente.—Añadieron todos los demas trayendo á la memoria aquella circunstancia, que hasta entonces no habia llamado su atencion.

El mismo D. Juan llamó aquella idea, y exclamó con asombro.

—No habia puesto cuidado en ello; pero ahora que vdes. han hecho mención de ese

hecho, recuerdo que, en efecto, colocaba su tienda al lado de la nuestra.

—¿Está vd. convencido?

—Sí; pero me inclino á creer que seria obra de la casualidad.

—Las casualidades no se repiten ni con esa uniformidad, ni con esa frecuencia.

—Será así; pero lo que les puedo asegurar á vdes. es, que él, lo mismo que yo, no habia fijado su atencion en semejante cosa.

Entre tanto Rafael, y otros pocos facultativos se ocupaban en hacer la curacion á los desgraciados que habian regado con su sangre el campo de batalla.

El llamado hospital, se hallaba á media legua del sitio de la accion; y allí, al aire libre, escasos de vendas y de hilas, con escasos remedios, los pocos médicos, acogidos por los ayes de los pacientes, hacian la primer curacion á los soldados y oficiales heridos que tenian la dicha de ser llevados á aquel sitio.

El ejército emprendió su retirada al oscurecer, dejando encendidas lumbradas pa-

ra hacer creer al enemigo que se trataba de dar al siguiente día una nueva acción.

“Al tomar el ejército el camino para Agua-Nueva, dice un escritor, una escena de horror vino á conmover el corazón de los que habian visto con serenidad el peligro en los momentos mas críticos del combate. Los heridos ascendian á ochocientos; y el corto número de medios de transporte de que se podia disponer, no permitia que fueran llevados todos. Fué, pues, preciso, entregar á una gran parte á su desgraciada suerte. Esos hombres abandonados en medio del desierto, revolcándose en su sangre, tiritando de frio, con una sed devoradora, y sin medicinas, sin abrigo, sin alimento, veían desaparecer á sus compañeros, llevándose consigo su vida, su esperanza, y manifestaban en su rostro lívido la horrible calma de la desesperacion. Por su parte, los que se retiraban, no podian ver sin un vivo dolor á aquellos heridos que tenian que abandonar. Muchos dejaban entre ellos, parientes, amigos, de quienes iban á separarse para siempre.”

“El ejército, que no formaba ya mas que una masa informe, caminaba lentamente, embarazándose unas brigadas á otras, y avanzando con dificultad. Así fué que, aunque el campo de batalla no distaba mas que cuatro leguas de Agua-Nueva, no se comenzó á llegar á este punto sino de las diez de la noche en adelante. A un lado del camino habia un estanque fangoso, al que se arrojaron los soldados muertos de sed; pero el agua, en vez de procurarles alivio, solo sirvió para abrirles la tumba, pues apenas la habian tomado, cuando espiraban en medio de las mas horribles convulsiones. Los pocos heridos que habian logrado arrastrarse hasta allí, y muchos de los que llegaban fatigados, aunque sin lesion, fallecieron de esa manera; y su sangre, mezclada con el fango del estanque, hacia mas insorportable aquella bebida. Y sin embargo, no habia otra agua con que saciar la sed devoradora de la tropa, y no faltó quien acercara sus labios á quel brebaje iumundo, asqueroso y mortífero.”

Por donde quiera que se caminaba, se tropezaba con moribundos y cadáveres.

No bien entró Rafael en Agua-Nueva, fatigado del trabajo de aquel día y desgarrado el corazón con la memoria de tantos desgraciados á quienes habia hecho operaciones dolorosas, cuando se vió detenido por un soldado.

—Señor—le dijo—hace rato que ando buscando á vd.

—¿Está vd. herido?

—No señor; pero lo está una pobre mujer que desea hablar con vd. antes de espirar.

—¿Una mujer que quiere hablar conmigo!—Exclamó Rafael admirado.

—Sí señor, una mujer á quien todo mi batallon debe grandes favores, porque nos proporcionaba, en medio del combate, licores y agua para aplacar la sed.

—Pero ¿quién es esa mujer?

—La cantinera que siempre ponía la tienda al lado de la de vd.

—¿Es posible!

—Sí señor; me encargó mucho que bus-

case á vd., porque le tiene que confiar un secreto de suma importancia.

—¿Un secreto....? ¿Y en dónde está?

—La he colocado debajo de un árbol, y encima de unos petates.

—Corramos á verla.

Dijo Rafael, y echó á andar detras del soldado, sobre un terreno empapado en sangre, tropezando á cada instante con los cuerpos insepultos de los que acababan de espirar, y escuchando el ¡ay! desgarrador de millares de enfermos y de heridos, que espiraban en medio de las mas horribles convulsiones.

El espectáculo que se presentaba á la vista no podia ser mas triste ni mas desgarrador.

—¿Está lejos aún el sitio en que colocó vd. á esa mujer?

—No, señor; estamos ya muy cerca.

—¿Y no le ha dicho á vd. su nombre?

—No señor, ni le he podido ver la cara, porque la tiene tapada con el pañuelo con que siempre estaba cubierta para defenderse del sol y el polvo.

—Pero ¿qué, ninguno del ejército la conoce?

—Ninguno: yo ando en la campaña desde la acción de Palo-Alto, y nunca la había visto hasta que salimos de S. Luis para venir á la Angostura.

—Pero ¿con quién de los soldados ó de los oficiales suele tratar generalmente?

—Con ninguno. Siempre se le ha visto sola.

—¿Ni ahora hay nadie á su lado?

—Nadie.

—¿Es decir que no ha llamado á individuo alguno de la division?

—Solo á vd.: lo que me hace creer que carece de otra persona de su íntimo afecto en el ejército.

Rafael quedó asombrado de lo que oía.

—¿Quién será esa mujer—decía para sí—y qué cosa la que tenga que comunicarme al morir?

Y continuó andando, entregado á mil ideas que le sugería aquella extraña aventura.

—¿Vé vd. aquel árbol?

Preguntó el soldado señalando uno que estaba á poca distancia.

—Sí.

—Pues allí se encuentra la infeliz. Sentiría que no llegásemos á tiempo.

—¿Cómo!

—Estaba tan gravemente herida, y hace tanto tiempo que la dejé para buscar á vd.

—¿Teme vd. que haya muerto?

—Lo temo.

—¡Oh! Apresuremos el paso.

Y casi echaron á correr.

Pronto estuvieron cerca del árbol.

Un cuerpo de mujer estaba tendido sobre unos petates sucios y ensangrentados.

El soldado se aproximó á la infeliz para anunciarle que allí estaba el hombre que anhelaba.

—¡Dios mio!—Exclamó asustado al verla.

—¿Qué ha sucedido?

Un ¡ay! lastimero y moribundo contestó á la pregunta de Rafael.

Este se inclinó sobre el cuerpo, que se hallaba empapado en sangre.



Le quitó el pañuelo que cubria el rostro.

Fijó la vista en él, y dejó escapar una exclamacion de asombro.

¿Qué habia visto?

¿Quién era aquella mujer?

## CAPITULO VI.

### La enferma del corazon.

Dejemos por un momento á Rafael sorprendido á la vista del helado cuerpo de la desgraciada cantinera, y trasladémonos á otro sitio donde nos esperan otros personajes de nuestra historia.

Hace algunos dias que Clotilde no sale de su alcoba.

Retirada en Texcoco, sin poder marchar á la capital, á causa de la revolucion de Polkos y Puros, que continuaba teniendo á la poblacion en incesante alarma, los dias eran para ella otros tantos siglos de amargura y de lágrimas.

Sabia que Leopoldo, el objeto de todo su